UNA OVEJA

DESCARRIADA

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL

DE

EDUARDO DE SANTIAGO-FUENTES MALLAFRÉ.

Estrenada con extraordinario éxito en el teatro *Martin* de esta corte la noche del 4 de Octubre de 1876.

MADRID.
IMP. DE F. GARCIA Y D. CARAVERA,
Calle Mayor, número 119.
1876.

[5501]

UNA OVAEJA

DESCARRIADA

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL

DE

EDUARDO DE SANTIAGO-FUENTES MALLAFRÉ.

Estrenada con extraordinario éxito en el teatro *Martin* de esta corte la noche del 4 de Octubre de 1876.

MADRID.
IMP. DE F. GARCIA Y D. CARAVERA,
Calle Mayor, número 119.
1876.

A MIS QUERIDAS

MADRE Y ESPOSA.

A nadie más que á vosotras debo yo dedicar esta obra. Recibidla, no por lo que vale, sino como prueba del inmenso cariño que os profesa vuestro

EDUARDO.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
ADELA.....	Sra. Menendez.
DOÑA RITA.....	Solis.
ROSA.....	Srta. Collado.
CÁRLOS.....	Sr. Yañez.
ALBERTO.....	Vallarino.
JUAN.....	Cobeña.

La escena en Madrid. Epoca actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los esclusivamente encargado de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO UNICO.

Sala lujosamente amueblada: puertas laterales que comunican con el interior y otra en el foro que da al esterior. Un velador con recado de escribir y un timbre.

ESCENA PRIMERA.

ROSA *y* JUAN.

ROSA. ¿Hiciste lo que te dije?...
JUAN. Sí, mujer, ya te lu he dichu
lu menus cincuenta veces.
ROSA. Es que...
JUAN. Todu está en su sitiu.
Lus dulces, las gelatinas,
lus heladus, lus barquillus,
las butellas.. vamus, todu. (*Sentándose.*)
Creite que estoy molidu.
ROSA. ¡Eso es, siéntate y descansa!
JUAN. Ya se ve que si. ¡Nu sirvu
yu para tantu trasteo!...
Otrus eran mis oficius
en casa de don Ricardu.
ROSA. ¡Buenos serian!... Me irrito
cuando eso dices: que temo...
JUAN. No lu creas, pimpullitu.
¿Si pur ti he dejadu, esa
vida de tantu atractivu,
dunde á más de un buen salariu
tenia algun que otru picu

mayor que el de la cigüeña,
comu engañarte?...

ROSA. No fio.

JUAN. ¡Ay, Rosa, que ganas tengu
que ese rosal sea miu!
(*Suena una campanilla y Juan se levanta esclamando.*)
¡Maldecida campanilla!...

ROSA. Que me llaman.

JUAN. (*Acercándose á ella.*) ¡Huy, que ojillus!...
¡Si parecen dos lucerus!...

ROSA. Quita de ahí.
(*Le da un empujon y se va por la derecha: él la mira embobado.*)

ESCENA II.

JUAN.

¡Malditu oficiu!...
que ni aun para hablar á solas
nus deja libre un ratitu.
¡Y qué garrida es la moza!...
¡La quieru como un borricu!
¡Sientu al verla... unas cusquillas
por todu el cuerpu, y un friu!...
que á nu saber que es amor
creyera era el enemigu.
Si yu me casu con ella,
con sus cuartus é lus mius,
compraremos una vaca
é un pequeñu huertecillu;
y seremus tan felices
viendu currer á lus chicus,
pues de seguru tenemus
seis u siete rapaciñus
y tres ú cuatru ternerus,
¡todus tan guapus é listus!
comu su padre y su madre,
y en todu á mi parecidus.

ESCENA III.

JUAN *y* ADELA. (*Sale por la derecha.*)

ADELA. ¿Lo tienes todo arreglado
como te digo?

JUAN. Si tal.

ADELA. ¡El baile va á ser magnífico!
Ponte la librea, Juan,
y si llegan convidados
avisas á mi mamá.
JUAN Ahí viene precisamente. (*Se va.*

ESCENA IV.

ADELA *y* DOÑA RITA.

D.ª RITA. ¿Niña?... (*Saliendo por la izquierda.*)
ADELA. ¿Qué?
D.ª RITA. Te voy á dar
una noticia... ¡mayúscula!
ADELA. ¡Una noticia!... di, cuál.
D.ª RITA. Tu tia... mi hermana Julia,
que tan delicada está,
te ha nombrado su heredera.
Esto, cambia la fatal
situacion, en que vivimos
de algunos meses acá;
y si Alberto se esplicara
tu fortuna era cabal;
pero temo que no sepas...
ADELA. ¿Qué tengo de hacer, mamá,
para casarme con él?
D.ª RITA. ¿No se te ocurre?
ADELA. No tal.
D.ª RITA. Los celos...
ADELA. Son un recurso,
mamá, ¡tan gastado ya!
D.ª RITA. Pero que dá resultados
admirables; ya verás...
ADELA. No me agrada ese sistema.
¡Es tan ridículo y tan!...
D.ª RITA. Pues dile que los amigos
no cesan de murmurar
al ver que despues de un año
no os casais: dile que estás
perdiendo otras proporciones,
y que yo me canso ya
de veros hechos dos tortolos.
ADELA. ¿Pero con seguridad
sabes tú que es millonario?
D.ª RITA. Si por cierto: don Gaspar,
íntimo amigo del padre
de Alberto y de tu papá,
me ha asegurado mil veces

que es inmenso su caudal.
¡Ya ves si te tiene cuenta!

ADELA. Pues bien, mi esposo será.

D.ª RITA ¡Dios lo quiera! ..

ADELA. Vete, y déjame
á solas formar mi plan.
(*Doña Rita se va por el foro.*)

ESCENA V.

ADELA.

Lo primero, es avisarle,
que no falte: voy allá.
(*Se sienta al velador á escribir.*)

ESCENA VI.

ADELA *y* CÁRLOS.

CÁRLOS. ¿Prima?... (*Desde el foro.*)

ADELA. (*Escondiendo el papel.*)
(¡Cárlos!... que no advierta...)

CÁRLOS. ¿Escribiendo?

ADELA. (*Confusa.*) Si... escribia...

CÁRLOS. ¿Al *dandy* del otro dia
que te siguió hasta la puerta?...

ADELA. Piensas, como sueles, mal.

CÁRLOS. ¡Andas con tanto embolismo!

ADELA. Tú, Cárlos, siempre lo mismo.

CÁRLOS. Y tú, Adela, siempre igual.

ADELA. Me causa tu afan oprovio;
¡me dás con él cada palo!...
Vamos á ver, ¿qué hay de malo
en que una tenga su novio?

CÁRLOS. Pensando hacer buenas bodas,
tienes novios, les escribes,
es natural; así vives
como viven casi todas.
¡Un novio!... dicha completa.
¡Uno! respetar se debe;
pero tienes ocho ó nueve
y eso, Adela, es ser coqueta.
Tú, por casarte te afanas,
tú, por casarte deliras,
tú, por casarte suspiras,
y nada con esto ganas.

ADELA. ¿No es natural que una quiera,

ya que no tiene otra cosa,
hacer una boda honrosa
de la que todo lo espera?

CÁRLOS. Sé que el afan peregrino
de tu madre, te disculpa;
sé quo no tienes la culpa
de seguir ese camino.
Te lo enseñan, y así vives.
Hay quien te educa á su modo...

ADELA. Pero... Cárlos.

CÁRLOS. Eso es todo;
la educacion que recibes.
Te dicen: «Habla á fulano,»
y le hablas, y le prefieres:
«sé amable con él,» y lo eres;
tú no haces más; esto es llano.
Luego esto causa placer;
hacerse amar no empalaga,
y cada conquista alhaga
tu vanidad de mujer.
Con esa vida inconstante
no hay quien tu imperio resista
¿Hablas con uno?... á la lista.
¿Bailas con otro?... otro amante.
Y arman por ti mil contiendas
el que en la calle suspira,
el que en la iglesia te mira,
el que te sigue á las tiendas.
Pero no pienses jamás
que por ser tantos, son buenos:
ten uno que es algo menos
y que vale un poco más.

ADELA. Si no supiera lo que eres
y tu afan de hechar sermones...
¿He de perder proporciones
que envidian otras mujeres?...
¿He de hacer la melindrosa
como una tonta chiquilla?...

CÁRLOS. Una cosa es ser sencilla,
y ser tonta es otra cosa.

ADELA. ¡Que has de hablar con tanto brio
de lo que hago, esto me quema!
Cada loco con su tema,
déjame seguir el mio.

CÁRLOS. Es que así pierdes la calma,
así la dicha te niegas;
¡tanto con el alma juegas
que vas á gastarte el alma!

Y en ese juego mecido
hallarás tu pecho helado,
que habrá el amor olvidado
antes de haberle sentido.

ADELA. ¿Y para qué he menester
sentirlo?

CÁRLOS. !Para vivir!...

ADELA. ¿Me podrias tú decir
si siente amor la mujer?

CÁRLOS. ¡Tú por fuerza estás demente!
Por él, la mujer más fiera,
se trueca en mansa cordera.

ADELA. ¿Pues díme cómo lo siente?

CÁRLOS. ¿Has visto á la sensitiva
que al tocarla con la mano,
se enrosca como el gusano
á pesar de ser altiva?...
Pues la mujer que de amor
siente el dulce parasismo,
recoge su alma, lo mismo
que se repliega esa flor.

ADELA. ¡Já, já, já!...

CÁRLOS. ¿A reir te mueve
mi esplicacion?...

ADELA. Tiene chiste;
pero ese amor ya no existe
en el siglo diéz y nueve.

CÁRLOS. ¡No puedo oirte con calma!
¡Tú, no tienes corazon!...

ADELA. En cambio tengo razon,
¡noble atributo del alma!
por el cual y la conciencia,
nos distinguimos del bruto.

CÁRLOS. Filósofos: ¡Hé ahí el fruto
que produce vuestra ciencia!
Quereis todo avasallar
al cálculo y la razon,
y secais el corazon
de quien nació para amar.
Con vuestras frases pomposas
y esas ideas livianas,
hareis... ¡buenas ciudadanas!
pero no buenas esposas.

ADELA. Que estás loco voy á creer
si hablando sigues simplezas.

CÁRLOS. Perdóname las torpezas
Que he podido cometer.

ADELA. Así me gusta.

CÁRLOS. ¿De veras?...
ADELA. Si siempre fueras así,
valias un potosí.
CÁRLOS. De hoy más, seré lo que quieras,
porque tus ojos, enojos
y envidia dan á las bellas;
y se eclipsan las estrellas
ante la luz de tus ojos.
Al lucero más fulgente
su brillantez arrebatan,
si es que, hermosos, se retratan
en el cristal de una fuente.
Y las tintas de la aurora
jamás lucieron brillantes,
si ellos se fijan, amantes,
en el sol, que el campo dora.
Porque tal es su arrebol
y tan grande su atractivo,
que al sol haciendo cautivo,
eclipsan su luz al sol.
Por eso yo, semejante
á pintada mariposa,
que en el vergel, bulliciosa,
vá, vuelve y gira incesante.
Y que una luz al mirar,
fulgente como una estrella,
el vuelo dirige á ella
y ella le suele quemar.
Voy tras los suaves destellos
que eshalan tus bellos ojos;
y siento al verlos antojos,
y luego... me quemo en ellos.
ADELA. ¡Cualquiera que te escuchára
que el amor me haces, diria!...
CÁRLOS. Pues si eso, Adela, creia,
presumo no se engañára.
ADELA. Que tú quieras, es creible, (*Riéndose.*)
á una jóven fiel, discreta;
¿pero á mi?... ¿á una coqueta
sin corazon?... ¡Imposible!
CÁRLOS. Pues no lo es: concédeme
una esperanza, y veras
cuánto te adoro.
ADELA. Jamás:
para siempre olvídame.
CÁRLOS. ¿Cómo olvidar, ¡ay de mi!
tu imágen encantadora,
si un fuego que me devora

por instantes crece aquí?
¿Si te quiero, como al nido
ama el ave; si te adoro,
como el avaro á su oro;
como el náufrago perdido
á su postrera esperanza;
como el árabe á la fuente
que brota en desierto ardiente
y descubre en lontananza?

ADELA. El tiempo devolverá
á tu corazon la calma.

CÁRLOS. ¡Imposible!... tuya es mi alma...

ADELA. Otra te consolará. (*Se va por la derecha.*)

ESCENA VII.

CÁRLOS.

«Jamás,» me dijo, «jamás
te amaré...» ¡Dios de los cielos!
¿Por qué á impulso de los celos
crece el amor más y más?
¿Por qué de mi corazon
no puedo borrar su huella?...
Porque... ¡es tan bella, tan bella,
que es mi vida y mi ilusion!
¿Cómo olvidarla, ¡Dios santo!
si la quiero con delirio?...
¡Si aunque sea mi martirio,
es tambien todo mi encanto!

ESCENA VIII.

CÁRLOS Y ALBERTO, *por el foro.*

ALBERTO. ¿No están?... las esperaré.
(*Viéndole.*) ¡Hola, Cárlos!... ¿Cómo vá?...
¿Aquí no habrá novedá?

CÁRLOS. Ninguna.

ALBERTO. Me alegro. ¿Y qué,
sigues escribiendo?

CÁRLOS. Sigo
trabajando: yo no cejo.

ALBERTO. Te voy á dar un consejo:
ya sabes que soy tu amigo.

CÁRLOS. Gracias.

ALBERTO. Por eso me abruma
que vivas pobre y oscuro,

y que no haya quien dé un duro,
bien tasada, por tu pluma.
Quiero, pues no medrarás
aunque tus versos son buenos,
que escribas un poco menos
y te valga un poco más.
Si quieres saber vivir,
chico, querer es poder;
tú no tienes más que hacer
lo que te voy á decir.
Deja esa musa liviana
que tus bolsillos no llena;
que en vez de una musa buena,
te inspire una musa vana.
Deja ese estilo ligero,
que sólo canta armonías;
¡tu pluma es ya de otros dias,
hoy... se escribe con acero!
Te mata á tí la pasion
que tus cantares inspira:
en vez de pulsar la lira,
pulsa á tiempo el violon.
¿Eres dulce?... sé cruel;
y pues la tinta no pinta,
con cada gota de tinta
mezcla otra gota de hiel.

CÁRLOS. Pero...

ALBERTO. Tu musa empalaga,
y gloria á tu pluma niega:
Si con alguno la pega
verás como éste la paga.
Házte crítico profundo
de laureles fabricante,
literario comerciante
en el gran bazar del mundo.
Y si á tu altiva arrogancia
repugna, y á tu conciencia,
puedes hacerte eminencia
sin componer una estancia.

CÁRLOS. ¡Cómo!

ALBERTO. ¿Cómo?... De la crítica
pasa, por saltos graduales,
á los áridos breñales
de la más alta política.
Hablarás de los ingleses
—no los tuyos—y las mesas,
los bailes de las marquesas,
la suerte de los marqueses,

los debates calurosos,
las noticias más curiosas,
las funciones religiosas,
y las luchas de... los osos.
Las cuestiones formidables
que hacen las crísis posibles,
y las guerras más temibles,
y las obras más notables.
La actriz que la escena deja,
la actriz que á la escena baja,
los crímenes de navaja,
y los amantes de reja.
Todo será de tu imperio,
que no hay mortal que resista:
házte, Cárlos, periodista,
es decir, escribe en sério.
Si lo haces, pomposos nombres
obtendrás, y oro y placeres,
y te amarán las mujeres,
y te envidiarán los hombres.

CÁRLOS. Veo que tienes razen,
más... no sirvo para eso.

ALBERTO. ¿Por qué?

CÁRLOS. Porque... lo confieso:
porque tengo corazon.
Además, no tengo *vis*...

ALBERTO. Entonces, chico, paciencia,
ya que no aprendes la ciencia
de vivir sobre el país.
Si tú siguieras mi escuela,
otra tu fama sería,
y pronto llegára el dia
que tanto tu alma anhela.
De otro modo, sólo Dios
puede laurear tu frente.

CÁRLOS. No importa. (¡Qué impertinente!
Me voy por no oirle.) Adios.
(Cárlos se va por el foro.)

ESCENA IX.

ALBERTO.

¡Pobre mozo!... Me dá lástima
que desoiga mis consejos.
Yo esta noche voy á ver
si salgo bien de mi empeño.
Ella.

ESCENA X.

ALBERTO Y ADELA.

ADELA. ¿Alberto?... (*Dándole la mano.*)
ALBERTO. ¿Adela?... Suerte
grande me depara el cielo
en poderte hablar á solas,
amada mia, un momento.
Mucho temí que esta noche
con motivo del concierto,
no me hubiera sido fácil
lograr lo que tanto anhelo.
ADELA. ¿Eso es verdad?
ALBERTO. ¡Tú lo dudas!
ADELA. Algunas veces sospecho
no es tu cariño tan grande
como dices, y deseo.
ALBERTO. Pónle á prueba.
ADELA. Bien quisiera.
ALBERTO. ¿Pues por qué no lo haces?
ADELA. Temo
ser desairada.
ALBERTO. ¡Tú!. . nunca.
Vamos, habla.
ADELA. No me atrevo.!.
ALBERTO. ¿Soy yo tan díscolo?...
ADELA. No;
pero....
ALBERTO. Déjate de peros,
y habla con toda franqueza
que complacerte es mi anhelo.
ADELA. (Esta es la ocasion: el plan
de mi mamá pondré en juego.)
Pues bien, tú lo quieres, sea:
siéntate, y oye un momento.
ALBERTO. Empieza. (*Sentándose.*)
ADELA. (*Sentándose.*) Vá á hacer un año,
poco más ó poco menos,
que en Suiza nos conocimos
y relaciones tenemos.
Desde entonces, esta casa
frecuentas, y en ese tiempo,
de mi mamá has recibido
y de mí, pruebas de afecto.
Pero las gentes murmuran
al ver que trascurre el tiempo,
y nuestros amores, siguen

in statu quo.

ALBERTO. (¡Te veo!)
ADELA. Bien conoces que una jóven
no gana nada con esto,
y si es verdad que me quieres
lo mismo que yo te quiero,
¿por qué no casarnos?...
ALBERTO. (¡Cáscaras!)
ADELA. ¿Y dichosos viviremos?
ALBERTO. (¡Pues no es nada la exigencia!)
ADELA. ¿Te callas?
ALBERTO. No, Adela; pero...
como nunca hemos hablado
de estas cosas, te confieso
que no sé lo que me pasa.
(¡Yo casarme!... ni por pienso.)
ADELA. Con razon temia verme
desairada.
ALBERTO. No por cierto;
pero creí que seria
otra, la prueba de afecto
que exigirias de mí.
Esto necesita tiempo
para pensarlo, y despues...
(no hacerlo.)
ADELA. ¡Pues, creo Alberto,
que un año de relaciones,
es más que sobrado tiempo
para haber pensado..
ALBERTO. Sí...
ADELA. Y además, que yo no veo
una prueba de cariño
más evidente.
ALBERTO. (*Con sorna.*) Sí... es cierto.
¿Más tú crees que no puede
probarse por otros medios?
ADELA. Tú no me amas.
ALBERTO. ¿Qué dices?
ADELA. La verdad.
ALBERTO. No digas eso.
ADELA. Pruébamelo.
ALBERTO. Ten cachaza.
ADELA. Dile á mamá...
ALBERTO. Ya hablaremos.
(¿Si con una estratagema
realizase mi proyecto?...
Probaré.) Corriente, Adela;
casarme contigo ofrezco...

si aceptas mis condiciones.

ADELA. Habla.

ALBERTO. Yo soy novelesco,
y todo lo extraordinario
me gusta, Adela, en estremo.
No me agrada hacer las cosas
cual todo el mundo; por eso
quisiera que nuestra boda
fuera de un modo diverso
á la de todos.

ADELA. No alcanzo...

ALBERTO. Es muy fácil: oye el medio.
Esta noche con motivo
De la *soirée* y el concierto,
aunque faltes del salon
algunos breves momentos
nadie notará tu ausencia.
Por lo tanto, coge un velo
y un abrigo, y por la puerta
del jardin, donde te espero
con un coche, te escabulles,
nos casamos, y *laus deo*.

ADELA. ¡Qué es lo que dices! (*Levantándose.*)

ALBERTO. (*Idem.*) Y á la hora
de terminarse el concierto,
nos presentamos casados,
y hacemos *tableau* completo.

ADELA. Eso, jamás.

ALBERTO. ¿No consientes?

ADELA. No.

ALBERTO. Pues, Adela, lo siento.
De otro modo, no me caso:
haz lo que quieras.

ADELA. No debo...

ALBERTO. (Ya titubea: á esta trucha
en su misma red la pesco.)
¿Con que?...

ADELA. ¡Qué dirán de mí!

ALBERTO. ¿Quién iba, Adela, á saberlo?

ADELA. ¿Pero en tan breves instantes,
como estar ausente puedo,
sin que se note mi falta,
cómo casarnos?

ALBERTO. Te ofrezco
si quieres en diez minutos
tenerlo todo dispuesto;
que en este pícaro mundo
todo lo allana el dinero.

ADELA. (¡Algo arriesgado es el paso!...
pero si así logro...) Acepto,
si dejas que me acompañe
mi doncella... Rosa.
ALBERTO. Pero...
ADELA. No hay pero: sola no salgo
de casa.
ALBERTO. (Transigiremos.
Despues que estén en el coche,
yo echaré al otro estafermo.)
Acepto la condicion.
ADELA. (Ya es mio.)
ALBERTO. (Tragó el anzuelo.)
Adios: está prevenida
con Rosa, y en recibiendo
un aviso mio, baja
al jardin, que allí te espero.
ADELA. ¿Por qué no subes, y así
juntos los tres partiremos?
ALBERTO. No quiero escitar sospechas.
ADELA. Tienes razon.
ALBERTO. Hasta luego.
(¡Oh, fortuna!... Esta conquista
me acredita.) Pronto vuelvo.
(Alberto se despide de Adela y se va por el foro.)

ESCENA XI.

ADELA.

¡Dios mio!... ¿Qué es lo que hice?...
¡Y ya no tiene remedio!...
Yo no he debido acceder...
Pero... ¿por qué me arrepiento?
¿No me vá á acompañar Rosa?...
¿No vá á ser mi esposo Alberto?...
Entonces... ¿por qué vacilo
y este paso me dá miedo?...
Fuera tonterías: voy
á que Rosa esté en acecho.
(*Adela se va por la derecha: Doña Rita y Cárlos salen por el foro.*)

ESCENA XII.

DOÑA RITA Y CÁRLOS.

D.ª RITA. ¡Cuánto me alegro encontrarte!
pues tengo que hablarte, Cárlos.
CÁRLOS. Diga usted... (*Sentándose.*)
D.ª RITA. (*Idem.*) Mi hermana, viuda
de aquel general bizarro
que murió en Santo Domingo
pelcando como bravo,
hoy me escribe, desde Múrcia,
donde reside; y estraño
haya tardado la carta
seis dias. ¡Está tan malo
el servicio de correos!...
CÁRLOS. Pero...
D.ª RITA. Sí, sí, voy al grano.
Me dice... verás la carta,
y así me evito preámbulos. (*Saca una carta.*)
«Querida hermana: Soy vieja, estoy enfer-
»ma, y por si luego no pudiera hacerlo, voy
»poco á poco arreglando mis asuntos. Te par-
»ticipo, pues, que he nombrado mi universal
»heredera á tu hija Adela. Si no me empeo-
»ro y el tiempo sigue bonancible, dentro de
»cuatro ó cinco dias te abrazará tu herma-
»na, Julia.»
(*Dobla la carta y la guarda.*)
Siento su resolucion
en el alma, por tí, Cárlos,
que siendo tambien sobrino
debias esperar algo
de su capital.
CÁRLOS. No, tia;
jamás habia pensado...
Por hoy me basta, y aun sobra,
para vivir, lo que gano;
de modo que no ambiciono...
D.ª RITA. Haces mal en ello, Cárlos.
Y sinó, dime: si un dia
hallas mujer de tu agrado,
y como es justo, deseas
contraer vínculo santo
con ella, ¿crees, sobrino,
que una mujer que valga algo
será tu esposa?
CÁRLOS. ¡Quién sabe!...

D.ª RITA. De fijo no te hará caso.
Y si dás en la manía
de sermonearla tánto
como á tu prima, ¡infeliz!...
¡vá á ser mártir á tu lado!...
Ni podrá salir de casa,
ni ir una noche al teatro,
ni á conciertos, ni bailar
con nadie...

CÁRLOS. No soy tan raro.

D.ª RITA. Eres más: si á mi pobre hija
la estás siempre sermoneando,
porque escribe alguna carta,
ó recibe algun recado,
contéstame con franqueza:
¿qué harás con tu esposa, Cárlos?

CÁRLOS. (*Levantándose.*) No sé lo que haré en mi casa.

D.ª RITA. (*Idem*). No te enfades, y volvamos
al asunto principal.

CÁRLOS. Es ya tarde.

D.ª RITA. Pronto acabo.
En el alma sentiria
que la herencia fuera obstáculo,
para que tú frecuentases
mi casa.

CÁRLOS. ¡No soy ingrato:
No me conoce usted bien
si se habia figurado
que entibiase mi cariño
hácia ustedes.!.

D.ª RITA. ¡Eres, Cárlos,
lo más noble!... El maternal
amor, que te he profesado
desde pequeñito. nunca
te faltará, y si de algo
podemos servirte...

CÁRLOS. Gracias.

D.ª RITA. Me vuelvo al salon, que há rato
falto de allí, y puede á todos
chocar mi ausencia.—Adios, Cárlos.
(*Se va Doña Rita por el foro.*)

ESCENA XIII.

CÁRLOS.

¡Qué mal me juzgan!... Mi tia
sospechaba iba á perder

mi cariño, porque Adela
hereda á su tia!

ESCENA XIV.

CÁRLOS Y JUAN.

JUAN (*Desde el foro, y con misterio.*) Eh...
señuritu?...
CÁRLOS. ¿Qué me quieres?
Vamos, habla.
JUAN. Yu nu sé
cómo decirle...
CÁRLOS. ¡Gaznápiro!
JUAN. Gracias.
CÁRLOS. Despacha.
JUAN. Oiga usted.
Es el casu, señuritu,
que yu y la doncella... pues,
nus queremus muchu, ¡tantu
como aquellus de Teruel!
CÁRLOS. Bien, ¿y qué?
JUAN. Que á la señora
deseu la pida usted
el salariu que me debe.
CÁRLOS. Mañana...
JUAN. Ny puede ser,
Mañana ya nu pudria
cubrarlo.
CÁRLOS. ¿Por qué?
JUAN. ¿Pur qué?...
Purque me voy ahora mesmu;
pues antes de amanecer,
yu me he de casar cun Rosa;
y la señurita...
CÁRLOS. ¿Eh?...
¿Qué estás diciendo, vergante,
de mi prima?...
JUAN. (¡Huy, lu sulté!..
¡Soy más brutu que un cerroju!...)
CÁRLOS. Vamos, habla, esplícate;
¿qué es ello?...
JUAN. Que nus marchamus
á casar.
CÁRLOS. ¿A casar, quién?
JUAN. La señurita, y nusotrus.
Y yu necesitu... pues,
necesitu esus cuartejus.

CÁRLOS. Juan: por Dios, esplícame...
¿Dices que os vais á marchar
y que os vais á casar?
JUAN. Pues.
CÁRLOS. ¿Tú con Rosa?...
JUAN. Justamente.
CÁRLOS. ¿Y, Adela, con quién?
JUAN. ¿Cun quién?...
Cun don Alberto.
CÁRLOS. (¡Dios mio!)
JUAN. Ya nu tardará en vulver
con un coche, por nusotrus.
Que yu voy, nu lu sabe él;
más cuando Rosa me diju
que se marchaban lus tres,
dije: «yu tambien me largu
y me casaré tambien.»
CÁRLOS. No es posible que mi prima...
JUAN. Pues, señuritu, lu es.
CÁRLOS. ¡Imposible!
JUAN. Cuandu digu
que es ciertu.
CÁRLOS. Pues óyeme,
y aprende bien la leccion,
sino quieres que te de
una paliza mayúscula
que te muela para un mes.
JUAN. (¡Jesus!... ¡Qué barbaridad!...
¡Está comu un Lucifer
purque me casu!... ¿Andaria
tras de Rosa?...)
CÁRLOS. Escúchame.
Vas á avisar á mi tia
sin decirla...
JUAN. Asi lu haré.
CÁRLOS. Y si impides que mi prima
salga antes de amanecer.
de esta casa, yo te ofrezco
que tu padrino seré.
te regalaré mil reales,
y mañana os casareis.
JUAN. (Ya, vamus: es cun la otra
cun la que tiene que ver.)
CÁRLOS. ¿Qué me respondes?
JUAN. ¡Que aceptu!
CÁRLOS Toma á buena cuenta. (*Le da billetes.*)
JUAN (*Tomándolos y contándolos*). Bien.
¡Seiscientus reales!... (*Los guarda.*)

CÁRLOS. Lo otro,
mañana te lo daré.
JUAN. (Bien merecen treinta durus
tarde un dia en puseer
el rusal de mi Rusita.)
CÁRLOS. Véte á avisar...
JUAN. Está bien.
(¡Ya tengu pa media vaca!...
Lu demás vendrá despues.)
(*Se vá por el foro.*)

ESCENA XV.

CÁRLOS.

¡Dios mio, irse!... ¿Y con quién?...
¡Con Alberto!... ¡Me parece
imposible!... y por desgracia
es verdad, aunque me pese.
No tiene Adela la culpa
de ese mal paso; la tiene
su madre; porque las madres
son la culpa, muchas veces,
de que sus hijas se hundan
en el cieno para siempre.

ESCENA XVI.

CÁRLOS Y JUAN (*por el foro*).

JUAN. Señoritu: nu he podidu
avisar á la señora;
purque há pocu se encerró
en su gabinete á solas
con su hermana doña Julia.
CÁRLOS. ¡Quién te ha dicho!...
JUAN. Toma, Rosa
que ahora acaba de verla
llegar de Múrcia.
CÁRLOS. ¡A qué hora
se le ha ocurrido venir!
Procura que ignoren...
JUAN. Toma,
ya lu creu.
CÁRLOS. No te olvides...
JUAN. Tengu un candadu en la boca.
CÁRLOS. Véte, y que no salga Adela
ni acompañada ni sóla.

JUAN. Estaré alerta.
CÁRLOS. Y si trata.
de salir, avisa.
(*Juan se vá por el foro.*)

ESCENA XVII.

CÁRLOS.

Ahora,
voy á buscar á ese infame,
para vengar la deshonra
de Adela, á quien cada instante
más y más mi alma adora.
(*Vá á salír, y se detiene al ver llegar á Adela.*)

ESCENA XVIII.

CÁRLOS Y ADELA (*por la derecha*).

CÁRLOS. (¡Ella!)
ADELA. (¡Cuánto tarda!... ¡Ah,
Cárlos!... ¡Si el aviso viene!...
Alejarle me conviene.)
CÁRLOS. (¡Alma!) (*Se sienta.*)
ADELA. (¡Qué [illegible]!)
(*Después de una pausa, Adela, impaciente, se acerca á Cárlos.*)
¿Estás malo?
CÁRLOS. No, por cierto.
ADELA. Cómo al salon no has entrado...
CÁRLOS. Estuve muy ocupado,
y además, no me divierto
en los bailes, prima. ¿Y tú,
te has divertido?...
ADELA. No mucho.
CÁRLOS. ¡Adela: qué es lo que escucho!
ADELA. La verdad.
CÁRLOS. ¡Por Belcebú,
que lo estraño! En casos tales
disfrutas á troche y moche.
¿Qué te ha pasado esta noche?...
ADELA. ¡A mí!
CÁRLOS. Si: veo señales
en tu rostro.
ADELA. (¡No se vá!...)
Serán... de... sueño.
CÁRLOS. No: creo...

son de impaciencia y deseo.
ADELA. (¡Dios mio! sospechará...)
CÁRLOS. ¿Hé dado en el quid, primita?
ADELA. (¡Será mi marcha notoria!...)
No.
CÁRLOS. Pues escucha una historia.
ADELA. Vé que es tarde...
CÁRLOS (*Levantándose.*) Es muy cortita.
«Un lirio, que florecia
»junto á una rosa preciosa,
»se enamoró de la rosa,
»y su amor la dijo un dia,
»Más la rosa despreció
»el amor del pobre lirio,
»sin comprender el martirio
»que esto, al infeliz causó.»
ADELA. Cárlos...
CÁRLOS. Escucha mi cuento.
«Por lo bella y lo gentil,
«era reina del pensil.»
ADELA. Pero...
CÁRLOS. Ten calma un momento.
«Los cefirillos, las aves...
»toda la naturaleza,
»celebraba su belleza,
»con mil agrados suaves.
»Ella, al mirar que causaba
»tal efecto, se engreia,
»y la ¡infeliz! no veia
»que á un abismo caminaba.
»Porque un jardinero esperto
»al mirarla ¡tan hermosa!
»quiso del tallo á la rosa
»arrancar, y hubiera muerto.
»Pues tú no ignoras, primita,
»que flor, del tallo arrancada,
»por muy bien que esté cuidada,
»al momento se marchita.»
ADELA. ¡Oh, no sigas, que ya infiero!...
CÁRLOS. ¿Que tú eres la rosa hermosa,
yo el lirio que amó á la rosa,
y Alberto el vil jardinero!
ADELA. Ahora, con horror, advierto
el lazo en que pude caer.
CÁRLOS. ¡Desdichada la mujer
que tiene el corazon yerto.
ADELA. Gracias, Cárlos: ¡me has salvado
con el honor la existencia!

Sin duda la Providencia
te puso, amante, á mi lado
para hacerme comprender...

CÁRLOS. Escribe á Alberto una carta
aconsejándole parta
antes del amanecer.
(*Adela se sienta á escribir.*)
Pues si le llego á encontrar
en mi camino algun dia,
por tu honra, que es la mia,
sin piedad le he de matar.
(*Adela dá la carta á Cárlos: éste llama al timbre: Juan viene por el foro.*)

ESCENA XIX.

ADELA, CÁRLOS Y JUAN.

CÁRLOS. (*Dándole á Juan la carta.*)
Lleva esa carta, y á más,
le dices que yo le ruego
salga de la córte luego
y no regrese jamás.

JUAN. Está bien; más les advertu
que doña Julia ha reñidu
cu[illegible] señora, y de ha idu,
pu[illegible] todu se ha descubiertu.

CÁRLOS. ¿Me has vendido?... ¡Infame!

JUAN. No.

CÁRLOS. ¿Pues quién ha sido?

JUAN. Rusita.
que por su uferta, cuntrita,
á ambas todu reveló.

ADELA ¡Ay de mí!...

CÁRLOS. No temas nada.

ADELA. ¡Que no tema!...

CÁRLOS. Yo lo fío.
Véte á entregar...

JUAN. Voy. (*Se vá por el foro.*)

ESCENA XX.

ADELA Y CÁRLOS.

ADELA. ¡Dios mio,
ten piedad de esta cuitada!

CÁRLOS. No te aflijas.

ESCENA XXI.

ADELA, CÁRLOS Y DOÑA RITA.

D.ª RITA. (*Por la izquierda, furiosa.*) ¡Hija vil!
¿Conque querias?... ¡taimada!...
CÁRLOS. (*Cogiendo á Adela de la mano, y presentándosela.*)
La oveja descarriada
vuelve sumisa al redil.
Otórguela su perdon,
que si grande fué su culpa,
tiene su culpa disculpa
en su mala educacion.
Y usted es en este asunto
responsable...
D.ª RITA. ¡Quién te mete
á censurar!... Véte, véte
de mi casa.
CÁRLOS. Pero...
D.ª RITA. Al punto.
No quiero verte aquí más.
CÁRLOS. (¡Dios mio, dadme paciencia!...)
D.ª RITA. Véte á disfrutar la herencia.
CÁRLOS ¡Qué herencia!
D.ª RITA. Oye y sabrás...
A mi hermana tuvo, al llegar,
ha sabido que... ¡esta infame!...
y no sé qué más la llame,
de casa se iba á marchar.
Por ello la deshereda,
y de mi casa se ha ido,
y á tí, Cárlos, te ha elegido...
CÁRLOS. No hará tal.
D.ª RITA. ¿Quién se lo veda?
CÁRLOS. Yo.
D.ª RITA. ¡Tú!
CÁRLOS. Sí.
D.ª RITA. ¡Qué desvarío!
No me hagas, Cárlos, reir.
CÁRLOS. Yo: que no puedo admitir,
señora, lo que no es mio.
A mi tia le diré,
que no quiero su tesoro:
que, ó puede guardar su oro,
ó á mi prima se lo de.
Más si se obstina, y y o soy
quien hereda su fortuna,

la recogeré con una
mano, y con la otra te la doy, (*A Adela.*)

D.ª RITA. Eso, Cárlos, no lo harás;
porque esta, no necesita
limosnas: ¿lo oyes?,..

CÁRLOS. Primita:
acéptala tú.

ADELA. Jamás.

CÁRLOS. ¿Y con mi cariño?...

ADELA. Así...

D.ª RITA. (¡Qué dice!...)

ADELA. Más no merezco...

CÁRLOS. Yo mi corazon te ofrezco,
pues no sé vivir sin tí.
¿Rehusas?

ADELA. ¡Vana porfia!
¿Cómo rehusar tu amor
si has sido mi salvador?...

CÁRLOS. Pues vamos á ver la tia
y á decirla, que hoy empieza
la fortuna á acariciarnos,
y que anhelamos casarnos.

D.ª RITA. (¡Me confunde su nobleza!)

CÁRLOS. Tia: un abrázo á los dos.

D.ª RITA. (*Abrazándolos.*) (¡Qué corazon atesora!)

ADELA. Vuestra vendicion ahora.

(*Se arrodillan.*)

D.ª RITA. Bendecidla en nombre de Dios.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos.—ROSA Y JUAN.

JUAN. ¡Brabu!... Yu vengu á pedir
lus veite durus del picu.

ROSA. ¿Quieres callarte, borrico?

CÁRLOS. Mi oferta te he de cumplir.

ADELA. ¿Qué oferta?...

CÁRLOS. Ser su padrino.

ADELA. Pues yo seré su madrina,
y les daré de propina
cien duros.

JUAN. (*Saltando.*) ¡Yu pierdu el tinu! ..

CÁRLOS. De nuestra vida pasada,
los deslices olvidemos,
ya que en el redil, tenemos
La oveja descarriada.

(CAE EL TELON.)

POST-SCRIPTUM.

—

No cumpliria con un deber de justicia si no diera púplicamente las gracias á los actores que han estrenado esta obra, sobre todo, á la señorita Menendez y al Sr. Yañez.

Recíbanlas, pues, todos en estas líneas, así coma la consideracion y la cariñosa amistad de

EL AUTOR.

3 0112 117493137